

No tengáis miedo

Las lecturas de este domingo nos sumergen en un mundo lleno de dificultades para un creyente. Tener una fe firme no es fácil. La vida de Jesús no fue fácil y la nuestra tampoco.

Todos, absolutamente todo creyente por muy firme que sea su fe, su fidelidad por mantenerse firme, en algún momento de su vida experimenta el miedo o una angustia interior por distintas circunstancias. Nadie está libre del miedo, desde el Papa hasta el más sencillo de los creyentes. Pero Jesús nos dice que no tengamos miedo. «Quien se pone de mi parte» nada tiene que temer. Lo cierto es que, a pesar de las palabras del Señor, el miedo se apodera de nosotros cuando en nuestro corazón crece la desconfianza, la inseguridad o la falta de libertad interior. Este miedo es el problema esencial del ser humano, y solamente nos podemos liberar de él arraigando nuestra vida en Dios, que no nos va a liberar de los problemas, pero nos da la firmeza de su amor en el mar cambiante de la vida.

En nuestra vida como creyentes, siempre corremos el riesgo de ir tras lo más fácil y podemos pasarnos la vida eludiendo todo lo que exige verdadero riesgo y sacrificio. Retrocedemos o nos encerramos en la pasividad cuando descubrimos las exigencias y las luchas que lleva convivir con cierta hondura de fe. Verdaderamente no es fácil y toda nuestra vida de fe tiene un proceso de maduración que tiene siempre sus altos y bajos.

Acordaos del relato de la tempestad calmada cuando en medio de la vorágine Jesús está durmiendo y los discípulos están muertos de miedo. El mar de la vida es tan cambiante como las aguas del océano. Y el mar es una hermosa metáfora en el que la barca de la Iglesia y nuestras barcas personales tienen que navegar. No se pueden guardar los barcos en puerto por temor a las tormentas porque somos llamados a un movimiento continuo, a unos retos que nos obligan a salir de nosotros mismos y que van a ser muy exigentes. Pero «no tengáis miedo», es la palabra del Señor. Y a pesar de su palabra, muchas veces nos sigue dando miedo tomar en serio nuestra vida de creyentes asumiendo la propia existencia con total responsabilidad. Y siempre dentro de nosotros tiene que resonar esa voz interior que nos anima a seguir con el proyecto del Reino, que nos va a crear situaciones difíciles, pero su voz, resonando dentro de nosotros nos levantará el ánimo: «no tengáis miedo», vuestra fidelidad ante los hombres es la fidelidad que será presentada ante el Padre.

Debemos tener muy presente que el miedo agiganta los problemas y nos hace perder objetividad. Ante los retos que se nos presentan en nuestro mundo tan global y en nuestra sociedad más cercana, tenemos que tener en cuenta que, como creyentes, debemos dar respuestas válidas a nuestras comunidades que les ayuden a mirar con optimismo su futuro y haciendo que su fe crezca y se afiance. Sembrar en ellas simientes de vida que engendren ilusión y compromiso en la lucha por el derecho de las personas. El miedo hace mucho daño. En donde crece el miedo se pierde de vista a Dios y se ahoga la bondad que hay en el corazón de las personas. Por eso es muy importante trabajar nuestra vida interior y enriquecerla con la palabra de Dios que nos da fuerza y una fe profunda: «Soy yo, no tengáis miedo».

Una comunidad de seguidores de Jesús tiene que ser, antes que otras muchas cosas, un lugar donde las gentes se liberen de sus miedos interiores y aprendan a vivir confiando en la Palabra de su Maestro y Señor: «No tengas miedo, pequeño rebaño». Siempre estará su palabra dándonos fuerza y aliento. Es por eso que nuestra actitud interior, ese espacio sagrado en el que tiene que resonar la voz de Jesús, tiene que estar vacío de otras voces ajenas que puedan matar la palabra de vida. Cuando nuestro mundo está lleno de turbulencias como si fuese un mar embravecido, y, ese no es el problema mayor, el verdadero problema es que nos dejemos ahogar por las turbulencias y sea más fuerte el miedo que la palabra del Señor.

Acordaos siempre del relato que nos narra a Jesús caminando sobre las aguas encrespadas del lago. De Pedro queriendo caminar hacia Jesús. Pero sintiendo la violencia del viento y de las olas entró en pánico. Esa es una metáfora que nos acompaña en nuestra vida. Y, ante el temor, acudir siempre al Señor que nos puede salvar. Y gritar como Pedro: «¡Señor, sálvame!»